

“Con la intención de demostrar que me propongo esta tarea desde la buena fe, he decidido iniciar esta saga de reportes con una pequeña autobiografía. Considero que, al conocer un poco de mi historia, quizás sea más accesible entender los juicios y observaciones que pueda hacer en cada relato, así como también tener una idea más precisa sobre mis puntos de vista y sus posibles aciertos y desaciertos. Por supuesto, es imposible hacer un reporte objetivo cuando se habla de uno mismo, pero haré el intento de ejecutar este documento como si se tratara de alguien más. Todos los hechos, datos y personas que aparezcan en esta narración, pueden ser corroborados con información en manos del Embate Obsidiana, el IV:7, y el servicio de inteligencia de Gilneas.”

Humano, convertido a worgen hace aproximadamente 2 años, espía de la corona de Gilneas, colaborador del IV:7, aprendiz avanzado de druida, y miembro del Embate Obsidiana. Nacido en el año 6 Pre Portal Oscuro, y actualmente con 35 años de edad.

Infancia e inicios.

Mis padres fueron Reddan y Daina. Él, un reconocido militar de Gilneas, luchador de la Primera y Segunda Guerra, tras la cual se retiró a una vida más tranquila en la estancia de su mujer. Ella, una descendiente de nobles, heredera de un importante terreno en las afueras de la ciudad, del cual tomaría control personalmente para vivir con su esposo y criar a su familia.

Mi infancia fue tan tranquila como uno puede aspirar en un reino de Azeroth. Me crie con 4 hermanos, me eduqué en las academias de Gilneas y pasé bastante tiempo aprendiendo las tareas diarias de la estancia. A pesar de que era muy solitario, solía pasar bastante tiempo con las brujas de la cosecha que trabajaban para mi familia, y disfrutaba mucho de aprender y ayudarles en su labor.

Aproximadamente a la edad de 16 años, cuando los humos de la Segunda Guerra aún se estaban apagando y mi padre acababa de retirarse, decidí seguir su camino y unirme al ejército. Si bien nunca me destaqué por mis habilidades de combate, siempre tuve una gran facilidad para entender a la gente, adelantarme a sus acciones e incluso manipular los resultados de alguna que otra cadena de sucesos. Todas estas habilidades dieron fruto rápidamente en mi carrera militar.

Relacionándome con la gente correcta y hablando solo lo necesario, conseguí que se me asociara en muy poco tiempo con quienes manejaban la inteligencia de Gilneas, y que me incluyeran en sus filas. Mi entrenamiento fue rápido y con excelentes resultados, y jamás me había sentido tan parte de un entorno como en este grupo. Nuestra guerra no era la de la confrontación, sino la del sabotaje y el subterfugio, y no podía estar más conforme del papel que me tocaba jugar.

A los pocos años de haber ingresado a la academia, ya había sido despachado en misiones por todo Reinos del Este. Al principio acompañado, y luego en solitario. En ocasiones recopilando información y reportando a nuestro reino, y en otras ocasiones sofocando conspiraciones incluso antes de que llegasen a tomar relevancia. Mi vida se convirtió en la de un nómada que, a pesar de no haber pisado su hogar en años, hacía todo lo que se le ordenaba con el fin de proteger a su nación.

Este periodo de mi vida, fue probablemente el más largo y aquel que terminó por definir mi personalidad. Me convertí en un actor de tiempo completo. Las conversaciones totalmente casuales eran escasas, ya que en cada interacción veía una oportunidad de sacar provecho, ya fuera obteniendo información o moviendo alguna ficha para conveniencia de mi trabajo. Desarrollé la costumbre de no apegarme a nada, de sospechar de todo, y de ser completamente independiente de mis herramientas. En otras palabras, sin importar la situación, encontraría la forma de desenvolverme y completar mi objetivo. Era capaz de anticipar casi cualquier complicación, y aun cuando estas me agarraban por sorpresa, tenía el talento cual felino de caer siempre parado.

Durante todos estos años, no hubo pensamiento en mi cabeza que no formara parte de mi misión, ni comportamiento que no fuera resultado de mi entrenamiento. Informé a Gilneas de lo que pasaba en el continente sobre el letargo de los orcos luego de la Segunda Guerra, el surgimiento del culto de los malditos, y fui un informante clave para el reino luego del aislamiento provocado por la muralla. Gracias a mi experiencia en el campo, pude formar una ruta de información segura que me permitía seguir recibiendo órdenes y enviando información, incluso en este contexto. Pero alrededor de 10 años lejos de mi hogar sumados a una mala noticia, hicieron que me planteara abandonar mi puesto y regresar a casa. Dicha noticia fue la Rebelión de la Puerta Norte, que se gestaba contra Genn Greymane.

El motor principal que me permitía funcionar en condiciones a veces tan hostiles, siempre lejos de casa e intentando evitar cualquier apego emocional, era mi amor por mi patria. La misión de mi vida era proteger a mis compatriotas y asegurarme de que, como yo, Gilneas siempre cayera bien parado. Pero la rebelión amenazaba todo lo que quería proteger, y me sentí obligado a estar presente, y asegurar el futuro de mi nación donde más se me necesitaba.

Para cuando conseguí ingresar a la ciudad, sin embargo, el enfrentamiento ya había terminado y la rebelión había sido sofocada. A pesar de todo, me sentí muy agradecido de poder volver a ver mi hogar y de visitar una vez más a mi familia. Aun no lo sabía, pero esta sería la última vez que los vería.

Luego de disfrutar un corto tiempo de relajación, volví a involucrarme con los asuntos del reino, siempre listo para cualquier misión que me tocara cumplir. El mundo cambiaba a pasos agigantados y no había tiempo para descansar. Gilneas necesitaba saber todo lo posible sobre Kalimdor ahora que la Tercera Guerra había terminado, pero también necesitaba informes de los daños que la plaga había hecho en Reinos del Este y qué consecuencias podía traerle a los gilneanos. Completada mi intensiva puesta al día sobre los eventos y necesidades de mi gente, volví a partir lejos de casa.

La maldición Worgen

Me dediqué durante unos pocos años a hacer reconocimiento del estado de los reinos del norte (las ruinas de Alterac, Lordaeron y Quel'Thalas) e inmediatamente después, zarpé hacia Theramore para ponerme al día con el nuevo continente. Si bien Kalimdor era demasiado salvaje para lo que acostumbraba, me encontré muy a gusto trabajando para Lady Jaina Proudmoore a la vez que recopilaba información para Gilneas. Los años que siguieron fueron recargados de eventos y de viajes, y no tuve un segundo para reparar, una vez más, en el tiempo que estaba pasando sin volver a casa.

Registré cuando pude de los eventos de Kalimdor, Outland y Northrend. Cuando estalla nuevamente el conflicto entre la alianza y la horda, tras la incursión de Varian Wrynn en Undercity, decido que es momento de volver a presentarme personalmente en la ciudad de Gilneas. No me encontraba demasiado lejos, y la ocasión ameritaba dar un informe más detallado y prepararlos para un posible estallido que afectara a todo el continente.

Mi viaje de regreso, sin embargo, no fue libre de trabas. El regreso a mi nación ya auguraba que algo andaba mal cuando tuve que rebuscármelas para entrar a la ciudad. La muralla estaba totalmente descuidada y la plaga worgen de la fortaleza de Shadowfang estaba fuera de control, por lo que tuve que rodear el territorio e intentar llegar por vía marítima. Tras varios intentos fallidos, consigo desembarcar en una de las costas al sur de la península. En el apuro por llegar a casa, decido cortar camino adentrándome por el bosque, lo cual probaría ser la peor decisión que podía cometer. En cuestión de minutos, noté que algo me estaba siguiendo. Segundos después, perdí la consciencia por completo.

...

Desperté enjaulado y encadenado, mi cuerpo no era el mío y mi cabeza dolía como si se estuviera partiendo a pedazos. Pude abrir los ojos una fracción de segundo, antes de que volvieran a cerrarse por el dolor. La vaga y borrosa imagen que llegué a captar me indicó que aún estaba en Gilneas, pero no recordaba quien era ni como había llegado ahí. El dolor era tan insoportable que volví a perder la consciencia de inmediato.

Desperté varias veces más, mientras que en cada ocasión el dolor era mucho más soportable y pude comenzar a sentirme más en mí mismo. Las imágenes aun eran borrosas, pero podía escuchar conversaciones a mi alrededor. Me llevó un tiempo recordar quien era y no tenía idea de cómo había llegado ahí. Tras varios minutos de divagar entre mis pensamientos, recordé el episodio de Undercity y observé que quien estaba del otro lado de la jaula era un gilneano. Intenté llamar su atención, pero mi voz no era la misma, y lentamente fui cayendo en la cuenta de que tampoco mi cuerpo, e incluso algunos de mis pensamientos. Ya no era humano, era un worgen.

Al notar que estaba intentando comunicarme, el gilneano se acercó a mi jaula y me preguntó mi nombre. No pudo reconocerme, lo cual era entendible dado que pasé casi toda mi vida fuera de la ciudad, pero al ver que podía comunicarme, comenzó a explicarme la situación. Su nombre era Krenan Aranas, y estaba probando una solución alquímica para recuperar la sanidad de aquellos convertidos en worgen. Mi caso había sido particularmente difícil, y ahora que podía comunicarme podía determinarse la razón: Llevaba alrededor de un año transformado, completamente perdido en mi estado salvaje. Mis memorias se habían dañado, y el dolor que sentía era mi cerebro intentando juntar las piezas. Llevaría tiempo hasta que la cabeza deje de dolerme, pero por el momento tendría que aguantarme.

La invasión worgen se había salido de control, y gran parte de la población había sido infestada provocando una incontrolable epidemia. La guerra que yo temía entre la Alianza y la Horda había estallado ya tiempo atrás, pero no había llegado a Gilneas hasta ahora. La mala suerte era tal, que un cataclismo había azotado el mundo entero, destrozando parte de la península y tirando abajo la muralla de Greymane, dejando a los invasores renegados vía libre para atacar. El panorama era tan oscuro que aquello parecía una pesadilla, el reino atravesaba un apocalipsis.

Cuando pude probar que estaba en total control de mis facultades físicas, fui liberado y ayudé en cuanto pude, hasta que partimos a encontrarnos con nuestros salvadores elfos de la noche. El ya conocido ritual para aplacar nuestra bestia interior fue aplicado en mí y tuve que acostumbrarme rápidamente a mi nuevo cuerpo, a la vez que asimilaba que Gilneas estaba perdido y que nuestra única esperanza era la de subirnos a los barcos de los elfos para sobrevivir y luchar otro día. Con un nudo en la garganta, observé a Gilneas perderse en el horizonte, junto con toda mi vida como la conocía.

Restauración

Desde el viaje en el barco de los elfos hasta nuestra llegada en Darnassus, sumando mi incesante sensación de pesadez mental y dolor de cabeza, y todos los hechos que estaba teniendo que procesar en cuestión de horas, todo aquello no dejaba de sentirse como un oscuro sueño. Ubicarnos en la ciudad de los Elfos de la Noche fue una tarea lúgubre y deprimente. Los ánimos de los gilneanos estaban tocando fondo, y me incluía a mí mismo entre ellos.

Me pasé varias horas a lo largo de los primeros días ayudando a los refugiados a establecerse, e intentando encontrar el momento para hablar con el rey Greymane. Cada tanto lo detectaba a lo lejos, pero parecía muy distante, siempre ocupado. Su situación era completamente entendible, ya que como nosotros él había perdido todo, e incluso más. Lidiar con la presión de ser el rey en aquel contexto, y luego de haber presenciado el asesinato de su hijo, no debía ser nada fácil.

Eventualmente pude comunicarme con él, pero para mí disgusto fue una conversación corta e insatisfactoria. Yo esperaba órdenes precisas, algún plan para llevar la pelea a nuestros enemigos y recuperar nuestro hogar, pero al parecer estábamos imposiblemente lejos de poder comenzar a gestionar algo así. En lugar de eso, Greymane se limitó a decirme:

“Rhogal! Cuanto me alegra saber que estas con vida. Hacia demasiado tiempo que no te veíamos, y sinceramente no pensé que fuera a verte otra vez. Hemos perdido tantos agentes... tantos gilneanos... pero ahora más que nunca nuestra gente nos necesita. Tienes que buscar la forma... necesitamos ponernos de pie una vez más. Busca a la Alianza, encuentra la manera de ganarte su confianza. Ayúdales a ganar esta guerra... si Alamuerte vence no habrá un Azeroth que habitar, ni un Gilneas que recuperar. Nuestros destinos ahora estan entrelazados. Sé que sabrás qué hacer... vas a estar bien...”

Sus palabras sonaban dudosas y hasta inconexas, como si estuviera perdido en sus pensamientos a la vez que intentaba comunicarse conmigo. Tan pronto como terminó de pronunciarlas se retiró sin dejarme decir nada al respecto. Mi “audiencia” con el rey me había dejado completamente en blanco. No había un hilo del que tirar, ni un contacto con el que encontrarme. Había una guerra que ganar, donde el enemigo era una fuerza de la naturaleza y donde el espionaje tenía poco que hacer para evitar el fin del mundo. ¿Que se suponía que iba a hacer? Hacía un año que no estaba haciendo uso de mi conciencia, vivía en un mundo casi desconocido. Pasarían meses antes de que pudiera hacer de mí mismo alguien útil otra vez.

Me llevó un rato darme cuenta de que había perdido la capacidad de no dejarme llevar por mis emociones. No sólo mi psiquis estaba debilitada por todos los eventos traumáticos, sino que mi nuevo lado salvaje parecía empeorar todo aquello que no fuera racional. Sin embargo, con el pasar de las horas, casi sin darme cuenta comencé a listar todos los conflictos que tenía que resolver, ordenados por prioridad y por su chance de éxito. Mi lado humano, y más precisamente mi lado de agente secreto, me habían acondicionado durante muchos más años que la maldición worgen, y poco a poco mi cabeza comenzaba a recordar cómo funcionaba normalmente.

A medida que mi cabeza se ordenaba, una sensación de seguridad comenzaba a resurgir. Sólo había una cosa capaz de mantenerme cuerdo y eso era mi misión. Por vago e impreciso que fuera mi futuro, encontraría mi camino siempre que no dejara de fijarme objetivos, y ahora mismo mi objetivo principal parecía claro. Debía recuperar el control de mí mismo. No podía dejar que nada, ni el trauma y mi nueva bestia interior, nublaran mi juicio. Sólo una vez que mi confianza en mí mismo estuviese restaurada podría ganarme la confianza de los demás.

Encontrar los medios para arreglar este problema fue tarea muy sencilla. La maldición worgen era dominio de los druidas y nadie mejor que ellos podía guiarme para dominarla. Aprender otras artes era algo frecuente en mi profesión, y muy necesario para asumir los distintos papeles que me tocaban, pero volcarme por completo a un tipo de magia que estaba tan poco documentado entre los humanos era algo intimidante. Sabía que lo que quería conseguir no sería rápido ni sencillo. Sin embargo, no perdí un segundo y me enlisté como aprendiz de inmediato.

Mi viaje como aprendiz de druida estuvo plagado de victorias y frustraciones. Conectarme con la magia de naturaleza no me resultó complicado en lo más mínimo. En algún lugar de mi cerebro aún se guardaban aquellas horas que pasé aprendiendo trucos con las brujas de la cosecha en mi infancia. Progresé rápidamente y más pronto que tarde fui capaz de dedicarme a técnicas avanzadas de equilibrio y restauración. Mi conexión con la vida natural, y más precisamente la vegetación, era algo que no me esperaba en absoluto.

Canalizar magia de naturaleza para restaurar o nutrir generaba en mi cuerpo una sensación de paz y fortaleza física que era intoxicante, de la mejor manera posible. Con el paso del tiempo me volví incluso capaz de sentir una conexión con toda vida que me rodeara, y adopté la costumbre de plantar y mantener mis propias huertas, ya fuera para cosecha o simplemente por puro placer. Había descubierto una parte de mí que parecía haber estado siempre en mi sangre, aunque siempre oculto por el tipo de vida que había llevado hasta el momento.

Lamentablemente no todo progresó con tanta facilidad. Lo que me había llevado inicialmente al druidismo, que era el dominio sobre los cambios de forma, fue mi obstáculo más difícil de superar. Pasaron meses antes de que pudiera conseguir mi primer cambio de forma, y muchos meses más antes de que fuera capaz de dominarlo. Entender cómo funcionaban me dio una enorme cantidad de práctica a la hora de dominar mi bestia interior, aunque los resultados a nivel físico nunca me dejaron conforme.

Conseguí una transformación en felino bastante mediocre cuando de combate se trataba. No contaba con los reflejos ni la agilidad para estar a la altura de otros druidas de mí mismo nivel. Era claro que cuando asumía aquella forma debía evitar los enfrentamientos a toda costa, lo cual por otro lado venía acompañado de una enorme ventaja. Por toda mi experiencia y entrenamiento yo ya era una persona bastante sigilosa y perspicaz. La forma felina potenciaba enormemente mis capacidades y pasaría a convertirse en una de mis herramientas más poderosas en ese sentido.

Pasado poco más de un año desde que había iniciado mi entrenamiento, ya podía considerarme a mí mismo un druida novato. Mi camino no había sido fácil, pero gracias a mi personalidad obsesiva y dedicada al extremo, mis pensamientos durante todo este periodo habían estado puestos en una sola cosa y al final me había dado resultado. Había conseguido convertirme en un habilidoso druida restaurador, y por primera vez sentía que realmente tenía algo que aportar en un campo de batalla. Ya sea como un hábil sanador o dañando a mis enemigos con magia de naturaleza.

Mis habilidades como cambiaformas, por otro lado, aún estaban lejos de ser perfectas. Había conseguido dominar todas las transformaciones básicas, pero solo confiaba en ellas para tareas secundarias. Podía convertirme en felino para potenciar mi sigilo, o en ave para viajes cortos y reconocimiento aéreo. Quizás encontraría luego alguna utilidad para las demás formas, pero probablemente jamás para el combate.

Lo que más orgullo me daba, sin embargo, era mi relación con mi forma de worgen. Me sentía entero una vez más. Era perfectamente capaz de reconocer y sofocar aquellos impulsos que no fueran racionales. El druidismo me había dado lo que yo buscaba y muchísimo más. Había sido un camino largo, pero finalmente sentía que estaba sanando.

Completada mi misión de máxima prioridad y habiendo pasado poco más de un año desde la caída de Gilneas, sentí que la hora de volver al mundo y sumarme a los esfuerzos por salvarlo ya me había alcanzado.

El Embate Obsidiana

Emprendí viaje hacia el sur de Kalimdor con la intención de reencontrarme con las fuerzas de Jaina Proudmoore en Theramore. Después de todo, ya había tenido contacto con ellos y sería un buen lugar para ponerme al día y descubrir donde podía hacer mejor uso de mis habilidades.

Por cuestiones de comodidad y porque necesitaba la experiencia, decidí hacer el viaje completamente sólo. Tomé la ruta desde Costa Oscura, pasando por Vallefresno y hacia Los Baldíos. Sabía que era una ruta peligrosa por los territorios de la Horda, pero tenía confianza en que pasaría desapercibido. Sin embargo, el viaje estuvo lejos de resultar como lo había planeado.

Al sur de Vallefresno, antes de la ruta con Los Baldíos, detecté un grupo de orcos rodeando un campamento de los elfos de la noche para emboscarlo. A simple vista podía verse que no se trataba de un esfuerzo militar organizado, sino de un intento de ganar terreno, seguramente por recursos. Incluso pude ver algunos goblins dando órdenes a lo lejos, lo que podía apoyar mi hipótesis.

El problema era que los elfos eran muy inferiores en número, y ni siquiera parecían armados. A juzgar por el campamento, parecían ser un grupo de druidas novatos intentando conectar con la naturaleza. Aquello terminaría en una masacre.

La situación era demasiado complicada. Podía intentar advertirles y que se salve quien pueda, pero en el caos habría bajas imposibles de medir, entre las que me podía contar yo mismo. Pero si no hacía nada, morirían todos. Le debía demasiado a los elfos como para ignorar la situación sin intentar nada, así que sin perder mucho tiempo me lancé en forma de vuelo sobre los orcos haciendo tanto ruido como fuera posible. El alboroto alertó a los elfos, que se pusieron a la defensiva y se prepararon para el combate.

Conseguí salvarme gracias a la sorpresa y la inexperiencia de los orcos y volví a lo alto sin perder mi forma de vuelo. Los elfos, sin embargo, no estaban huyendo. No parecían ser conscientes del peligro en el que se encontraban y estaban decididos a mantener su terreno. Bajar al campamento a advertirles era casi un suicidio, pero una vez más sentí que hacer nada era un lujo que no podía darme.

En el segundo que me llevó arrojarme en picada desde el árbol hasta el suelo, el combate comenzó. Los orcos comenzaron a salir en números desde sus escondites y a atacar por doquier. Conseguí aterrizar sobre un espacio a cubierto y comencé a participar en la batalla desde las sombras, sin que detectaran mi presencia. Me llevé a varios orcos de sorpresa e incluso conseguí arrojar magia de restauración sobre los elfos en el campo de batalla. Pero la situación no pintaba nada bien, los elfos iban a morir y no tardarían nada en encontrarme cuando aquello sucediera.

De repente, una salva de hechizos y armas comenzaron a salir del otro extremo del bosque, en dirección a los orcos. Escudos, rayos y hasta un enano volando como una bola de cañón se hicieron presentes en el campo de batalla, cambiando las tornas por completo. Cuando los orcos se dieron cuenta de que ahora eran ellos quienes estaban rodeados comenzaron a huir, con poco éxito y muchas bajas. Un grupo de desconocidos acababa de llegar a salvar el día.

Pasado un poco el caos, todos los presentes pudieron reunirse a atender a los heridos y a arrojar un poco de luz sobre la situación. Los recién llegados eran un grupo de héroes que formaban parte de una caravana que justo iba pasando por ahí, en calidad de guardaespaldas. Habían escuchado el ruido que hice para alertar a los elfos y habían decidido averiguar qué estaba pasando, como parte de reconocimiento para su propia misión.

El grupo estaba compuesto por el humano Kheon Dayne, y los enanos Celduin Blackforge y Reltor Thundergaze, todos miembros de la misma hermandad: El Embate Obsidiana. Actualmente se encontraban cumpliendo una misión de máxima importancia trasladando un paquete secreto desde el Monte Hyjal hasta Theramore. Otros miembros del grupo, los protegidos de la misión, incluían magos-científicos de Theramore y druidas del Circulo Cenarion.

Kheon Dayne, el paladín del grupo, se acercó a darme las gracias por mi ayuda y me invitó a unirme a la misión, ya que mis habilidades de restauración les serían de vital ayuda considerando el peligro que acababan de enfrentar y lo mucho que les quedaba por recorrer. Considerando lo que acababa de suceder, me preocupaba lo que podía llegar a pasar si me encontraba con alguna situación parecida estando sólo, por lo que acepté la oferta y decidí hacer el resto del viaje acompañado.

No fue un viaje tranquilo, ya que las amenazas en los territorios que atravesamos abundaban. Durante todo el viaje escuché las historias que mis compañeros compartían sobre sus aventuras y sobre su hermandad, y obtuve tanta información relevante como pude que pudiera servirme más adelante. Lo que su grupo hacía se parecía mucho a lo que yo me había propuesto como misión, y sin lugar a dudas podría sacarle buen provecho a la información que manejaban y a su red de contactos. Mantener contacto con la hermandad sería un excelente punto de partida.

Por supuesto, debido a la rapidez con la que el grupo entró en confianza conmigo, me extendieron una invitación formal a unirme a la hermandad cuando lo deseara. No estaba seguro de querer tomar una decisión antes de haber visitado Theramore y luego Ventormenta, pero sin lugar a dudas lo consideraría.

Además, el final de la misión implicó encontrarme con el líder mismo del Embate Obsidiana, el gnomo Faddin Flamewit, en la ciudad de Theramore. Su intelecto me pareció arrollador, y entendí un poco más de donde venía el carisma que emanaba este grupo. Su misión parecía clara, y su filosofía muy interesante.

Luego de que cada uno terminara sus tareas en aquella ciudad, partí en barco a la ciudad de Ventormenta, en compañía de Faddin y Kheon. Nuestro tiempo juntos me dio la oportunidad de conocerlos aún más, y poco a poco comenzaron a ganarse mi confianza. Sentí que mi lugar en este nuevo mundo comenzaba a hacerse muy evidente.

Ventormenta

Mi llegada a la capital de la Alianza estuvo marcada por dos hechos. El primero de ellos fue un reencuentro con mi rey, Genn Greymane. Personalmente, ni siquiera sabía que él se encontrara en la ciudad, y dar con él fue completamente casualidad. Sin embargo, como si se tratara del destino, sus palabras volvieron a dejar un impacto en mí.

Aquel día, mientras acompañaba a Faddin a una reunión con los altos mandos del ejército de Ventormenta en el palacio, pude ver de lejos a Greymane discutiendo alguna situación de la guerra con otro general. Al verme, el rey se acercó inmediatamente a mí, como si hubiera estado esperando encontrarse conmigo.

“¡Aidan, que gusto verte!” – era la primera vez que lo escuchaba llamarme por mi primer nombre – *“La última vez que nos vimos, nuestro encuentro, creo que no estuve bien. Fueron días de shock, y no te traté con el respeto que te mereces. Has sido un agente inquebrantable de la corona, y te mereces mi agradecimiento y el de todo Gilneas. Necesitabas tiempo para sanar, y me alegra que lo hayas encontrado. Debí ofrecértelo entonces, y darte las gracias, en lugar de enviarte a solucionar los problemas del mundo una vez más.*

Creo que ya no necesitas de mis órdenes. Encontraste un nuevo camino por ti mismo. Ayudarás mucho más trabajando directamente para la Alianza que espionando para la corona de Gilneas. Llegará un día en el que reclamaré de tus servicios de nuevo, pero hasta entonces, ve tranquilo. Lleva contigo la paz de saber que tu rey y tu reino están en deuda contigo.”

Aquella muestra de aprecio fue inesperada, pero más que bienvenida. Sería una fuente de seguridad que llevaría siempre presente de ahora en adelante.

El siguiente hecho de importancia fue mi reunión con el IV:7. En ella, se me solicitó la tarea de espiar y registrar a los miembros del Embate Obsidiana, por los motivos que indiqué en la carta de introducción de todos estos reportes. Mi reacción a la misión fue de mucha desconfianza, y me resultó realmente un alivio cuando Faddin Flamewit se aproximó a mi posteriormente para arrojar otro punto de vista sobre la situación.

Terminado el trato sobre como llevaría a cabo esta misión, me uní formalmente a la hermandad y comencé a registrar toda la información de los miembros para luego confeccionar estos reportes. Desarrollé una amistad muy cercana con el paladín Kheon Dayne, y un profundo respeto por nuestro líder Faddin Flamewit. Lo que me depare el futuro estará sin dudas atado al destino de esta nueva familia, y mientras nos preparamos para enfrentarnos al apocalipsis no puedo más que desearnos que no nos falte la fortaleza, y que podamos atravesar esto juntos.

Conclusiones

Es imposible hacer un análisis objetivo de mí mismo, pero lo más cercano que puedo concluir es lo siguiente: Mi personalidad está marcada por dos grandes pesos en mi vida. El primero es mi sentido del deber con mi reino y mi acondicionamiento mental provocado por los años vividos como agente secreto. Pueden esperarse de mí que siempre actué como consecuencia de algún razonamiento lógico y con algún objetivo en mente, y que Gilneas y su gente sean siempre una de mis máximas prioridades.

Por otro lado, mi periodo de entrenamiento con los druidas, aunque corto en comparación, tuvo un gigantesco impacto en mi forma de ver las cosas. Valoro la vida y la naturaleza de formas que no eran parte de mí en el pasado. Estoy conectado con ellos y su bienestar es también el mío. Puede esperarse de mí considere la protección de estos como otra de mis máximas prioridades.

Por lo pronto, no veo en el horizonte ningún motivo para esperar un conflicto de intereses. Pero de haberlo, sería en el caso de que Gilneas, El Embate Obsidiana o la naturaleza misma, representen una amenaza los unos para los otros. Mientras esto no ocurra, mi comportamiento será predecible y trabajaré para el bienestar de las tres.

Habiendo concluido este reporte, me despido, hasta la siguiente ocasión.

Atentamente, Aidan Rhogal.